



FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS

ESTA TRADUCCIÓN ES PROPIEDAD DEL EDITOR

**CAPILLA ALFONSINA**  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

## LA DAMA DE LAS PERLAS

### I

A principios de diciembre de 18... y recién llegado de un viaje por el Mediodía de Francia, invitáronme á comer en casa de una dama con quien había hablado yo dos ó tres veces antes de mi partida, si bien en circunstancias sobrado confidenciales para que se estableciera entre nosotros cierta intimidad. En efecto, habíame presentado á aquella mujer uno de mis buenos amigos, Jaime Feuill, el cual, no teniendo, como no tenía, secretos para mí, me pusiera al corriente de sus relaciones recíprocas.

El martes siguiente, día de la comida, á las seis menos algunos minutos me hice anunciar en casa de la señora de Wine.

Jaime, haciendo uso de su derecho y de su deber, ya había llegado, y estaba tocando el piano en el salón, porque han de saber ustedes que Jaime era músico, y si les nombrase algunas de sus obras, quedarían ustedes grandemente admirados al conocer, bajo el seudónimo con que le encubro, uno de esos amigos del espíritu y del alma como el talento no suele crearlos sino muy de tarde en tarde. Jaime y yo nos abrazamos como buenos amigos que vuelven á verse tras una ausencia más ó menos larga, y á poco se presentó la señora de Wine.

Era ésta hermosa en toda la extensión de la palabra. Y ¿cómo no, si tenía negros y admirables los ojos, sombrados por largas pestañas y anegados en el más puro nácar, cabellos de italiana, abundantes, sedosos y brillantes

en las sienes, y terminaban en un pesado moño que descansaba sobre un cuello redondo, que por collar natural ostentaba los dos pliegues circulares del cuello de la Venus de la antigüedad; nariz recta, que Minerva podía haber reclamado, boca arqueada, carmínea, entre los labios de la cual brillaban los dientes; un talle brevísimo, uno de esos talles cuya sutileza da tan hermosos vislumbres á la seda que los cubre, y los brazos, á la vez que robustos, llenos de abandono? Pero lo que, sobre todo, realzaba á la señora de Wine era una circunstancia por sólo la cual uno habría amado á una mujer fea que la hubiese poseído, y eran sus pies. Lo confieso: los pies de la señora de Wine eran una maravillosa chanza de la naturaleza. Hasta entonces no se le había ocurrido á persona alguna que pudiese andarse con pies como aquellos; y, sin embargo, la de Wine andaba, y mucho, y con frecuencia, para que los vieses, y habría yo apostado cien contra uno, que al verlos pasar junto á sí no hubiera habido quien no hubiese convertido hacia ellos los ojos, por más que ese ó esos hubiesen sido un hijo desheredado, un comerciante en quiebra, ó un enamorado corriendo anheloso á una cita.

La señora de Wine frisaba con los veintiséis, y, ello no obstante, había días en que parecía no tener más que diez y ocho, como, por ejemplo, el martes en que fui á comer á su casa. Vestía la dama cuerpo blanco y falda de tafetán rosa, que la daban todo el aspecto de una niña, y, al verme, me tendió afectuosamente la mano, al parecer como para cerciorarse de que yo realmente era amigo suyo, y me dió las gracias por haber correspondido á la invitación, con palabras más halagadoras que yo no merecía. Luego empezamos á hablar de mi viaje, y de otro viaje que ella también hiciera á Bagnères durante el mes de julio; y aun me dijo: «Regañe usted á Feuil; no pude conseguir que viniese á Bagnères á hacerme compañía por espacio de ocho días; ya ve usted que la fatiga no era grande.» Dichas estas palabras, la dama me miró con ojos de tristeza, con ojos en los cuales leí de corrido la confidencia de una pesadumbre.

Parece que mi amigo Jaime no era siempre lo que debiera haber sido. Sin embargo, di poca importancia á esos pequeños reproches, tan frecuentes por parte de las mujeres, y encaminé la conversación por otros derroteros, mientras llegaban los tres últimos convidados, que eran la madre de

mi anfitriona, una amiga de ésta y un caballero setentón, provinciano, á quien conociera la señora de Wine en Bagnères, y que la había tratado con todas las atenciones locales tan bien apreciadas de las mujeres.

En cuanto á Jaime, que durante nuestra conversación estuvo mirando, un si es no es como hombre que se fastidia, los dibujos de un álbum, era un gallardo joven de veintisiete años. Nuestra amistad databa del colegio; y aun cuando esas amistades suelen no ser firmes, y caen por sí como los primeros dientes, para hacer sitio á las amistades, si no más suaves, á lo menos más duraderas, que en la edad madura crean los intereses y las pasiones del mundo, la que á nosotros dos nos uniera había, por el contrario, ido afirmándose cada vez más. Á bien que Jaime, aparte de su talento, tenía un carácter excepcional. Entusiasta por temperamento, tan propenso á la divagación como á la alegría, profundo con frecuencia, siempre original y artista, de corazón generoso y alma independiente, y de una salud á toda prueba, poseía cuanto da una conducta franca, una razón útil y agradable de ser, y de ser para largo tiempo. En el colegio, era lo que se llama un perezoso; perpetuamente se salía del círculo de los estudios clásicos para correr al través de esa fantasía sin objeto, causa ni resultado que indica ya en el niño una organización privilegiada. Su alma volaba en pos de cuanto no era lo que le decían debía cautivarle, como era la música, el dibujo y la naturaleza. No es de extrañar, pues, que pasara los domingos arrestado. Entonces se sentaba en un rincón de la sala y se entregaba á la divagación. Parece que el estoy viendo: rubio, de ojos garzos y un tanto pálido el semblante, nos hacía temer á todos por su existencia; porque, como sucede á menudo, sólo con la adolescencia le vino la salud.

Jaime quedó huérfano de padre en edad muy temprana; y aun algunos de mis discípulos, dotados de esa maligna curiosidad tan común en los muchachos, decían que tal padre nunca había existido. Pero nada importa. En los tiempos presentes, á Dios gracias, todo hombre tiene derecho á ser, desde el momento que es; y cuando está dotado de talento y probidad, cuenta con la más noble y más querida familia que puede rodearle; peor para su padre si no le conoce.

Sea de ello lo que fuere, en aquel tiempo una mujer joven

aun y bastante hermosa, iba á ver á Jaime dos ó tres veces todas las semanas. Aquella mujer era su madre, la cual iba siempre sola, vestida de color obscuro y con el rostro velado. Los dos se sentaban en un espacioso corredor destinado á los padres, y allí conversaban por espacio de media hora. Jaime volvía casi siempre de tales entrevistas con los ojos algo encendidos. ¿Por qué aquellas lágrimas? ¿Le había reñido su madre por su poca afición al estudio? No, aquella madre no regañaba. Antes supongo que sus conversaciones versaban sobre recuerdos tristes para ambos, porque con mucha frecuencia, cuando se separaban, los ojos de la madre estaban tan húmedos como los del hijo. Casi podía apostarse que habían hablado de aquel padre muerto ó desconocido, y, de fijo, el corazón de nuestro joven compañero encerraba ya un dolor ó uno de esos primeros secretos de la vida que ocasionan la palidez precoz y la propensión á la melancolía.

Mas ¿á qué detenernos en la infancia de Jaime? A la hora en que trabamos, ó más bien, traban ustedes conocimiento con él, no es ya el colegial perezoso, el huérfano triste, el niño enfermizo, sino un joven hermoso, alto y lleno de bondad, de gran corazón y claro talento, hijo de sus obras, muy cariñoso para con su madre, y amado de una de las mujeres más bellas de París; lo cual tengo para mí que no es una desgracia tan grande como eso.

Los últimos convidados no tardaron en llegar. La madre de la señora de Wine era bastante antipática. Ávara, egoísta, glotona, aborrecedora de la juventud, que ya había perdido, y de la hermosura, que nunca debió de haber poseído, despedía de sí un tufillo de vejez maldiciente y de mal humor. Aun cuando hubiese sido capaz de amar á alguno, nunca habría amado á su hija; si las dos se veían, era porque es preciso que una madre y una hija se vean de tiempo en tiempo, aunque no se quieran, porque la sociedad exige que así sea, por más que no descienda á razonarlo.

La madre de la señora de Wine llevaba los cabellos teñidos, tenía ojos de gorrión, carrillos descomunales, nariz ladeada, barbilla amojamada, y labios delgados y entrantes, y lucía vestido de seda color de amaranto, y papalina con lazos del mismo color. Jaime, una vez aquélla hubo tomado asiento, fué á saludarla, pero casi al punto le volvió la espalda. En cuanto á la otra dama, ya era distinto: al pre-

sentarse en el salón, parecióme ver entrar una princesa doliente que, con el trapillo del incógnito, viniese á visitar á una amiga. Su tocado era la misma sencillez, pero elegante sobre toda ponderación. La señorita de Norcy, porque es de saber que la tal dama era soltera, tenía unos treinta años, y era la encarnación del buen gusto y de la distinción. A decir verdad, su hermosura no podía compararse á la de la señora de Wine, pero su semblante ostentaba un no sé qué de que carecía la otra, y se atraía encontinente la simpatía. En sus facciones delicadas, tranquilas y armoniosas, cuyo conjunto constituía un rostro seductivo y apacible, brillaban la ternura, la benevolencia, el mimo, la propensión á todos los afectos delicados de la mujer, los indicios del linaje, del corazón y del espíritu. Junto á la señorita de Norcy, la de Wine perdía mucho, y si yo me hubiese visto obligado á elegir entre la opulenta hermosura de la una y el acariciador hechizo de la otra, quizá mi simpatía habría triunfado de mi amor propio y preferido á la menos hermosa.

Tales eran nuestros convidados; pero, digo mal, también había entre ellos un provinciano, un buen sujeto que todavía se limpiaba las narices con un pañuelo de hierbas, y cuya existencia se deslizaba entre la lectura de los periódicos, el paseo y la partida de *whist*, amén de sus ocupaciones como regidor y hombre de influjo en la administración, y á todo lo cual había que agregar unas diez mil pesetas de renta. Gabert, que así se llamaba el tal sujeto, no había soltado completamente el pelo de la dehesa, queremos decir, que conservaba algunos resabios de la provincia: como su traje, sus ideas estában, á las veces, dos ó tres años atrasadas á las de la capital, á pesar de sus frecuentes relaciones con los parisien- ses que iban á tomar baños.

Gabert solía hablar de política á los postres, y decía:

—Lo que yo quiero es eso.

Como todos los hombres de su edad, Gabert se tenía por de grande experiencia, y, como todas las autoridades de aldea, interrumpía las conversaciones para emitir su parecer en alta voz y en términos asaz presuntuosos. Con todo eso, Gabert, como hemos dicho, era un buen sujeto, próximo á convertirse en excelente abuelo, á lo que le destinaba su hija, casada hacía algunos meses, y á la cual él venía á visitar en París. Y nada más.

Sirviéronnos una comida muy buena, en un comedor muy templado, bien alumbrado y adornado de flores; y poco á poco el vino, el apetito y la juventud hicieron desaparecer cierta coacción que pesaba sobre todos al principio de la comida, y que se originaba de cierta inquietud que, á pesar de todos sus esfuerzos, la dueña de la casa no acertaba á disimular del todo.

Por fin, Jaime se mostró algo alegre, y la de Wine pareció satisfecha; de esta suerte llegamos á los postres en medio de una conversación general, á la que en vano trataba de entorpecer la desagradable participación de la madre.

En comiendo, se tocó el piano, y, al dar las diez, la señorita de Norcy se retiró acompañada del señor Gabert, que le ofreció el brazo. La madre de la de Wine se pegó á ellos, y la señora de Wine, Jaime y yo quedamos solos. El círculo de la conversación se restringió, pues, y se hizo más íntimo. Hablamos un poco de todo, de arte, de poesía, de amor; pero las bujías, faltas de pábulo, iban apagándose, y una puerta entreabierta, la del dormitorio, permitía ver parte de los objetos á la vaga claridad de la lámpara de noche. Por lo tanto, y en uso de mi derecho de confidente, supuse que quizás aun sobraba alguno en el salón, y levantéme para retirarme en el preciso instante en que sonó la media noche; mas, con grande admiración mía, Jaime hizo lo que yo de fijo no hubiera hecho después de una velada como aquella; y lo que hizo fué levantarse á su vez, besar la mano á la señora de Wine, que me miró con tristeza y como diciéndome: «Ya ve usted cómo es», darme el brazo y salirse conmigo casi como quien huye temeroso de que lo detengan.

La señora de Wine nos acompañó hasta la puerta, y aun se inclinó sobre la barandilla para mirarnos descender; luego cruzó un postrer adiós con nosotros, y, ó mucho me engaño, ó en sus ojos brillaron dos lágrimas por largo tiempo reprimidas. Por fin entró de nuevo en su habitación, cuya puerta oi cerrarse lentamente como para llamar á Jaime; mas éste no tenía muchos deseos de corresponder á aquel mudo llamamiento, y una vez en la calle me estrechó la mano y me dijo:

—Vivimos en lugar opuesto. Adiós, pues; pero mañana iré á verte.

Y como si quisiese atajar mis preguntas, añadió:

—Tengo mucho que contarte. Mañana, á las cinco, iré por tí, y comeremos juntos.

Jaime se alejó.

Al día siguiente, á eso de las once de la mañana, mi portero subió á decirme que la dama en cuya casa había yo comido la víspera, deseaba saber de mí si podía subir á verme, y que aguardaba mi respuesta en un coche. Dije que sí, y poco después entró en mi habitación la señora de Wine, que, por cierto, estaba trastornada y pálida como una difunta.

—Perdone usted mi indiscreción, me dijo la dama; pero es necesario de toda necesidad que yo hable con usted.

Yo, que adiviné lo que mi interlocutora quería decirme, le ofrecí asiento.

—Caballero, profirió la de Wine, usted es amigo de Jaime y sabe cuanto hace éste. Dígame usted, por favor, adónde fué ayer al salir de mi casa.

—Á la suya.

—No.

Yo estaba metido en un brete; pero, ante todo, era preciso tranquilizar á mi interlocutora.

—La han engañado á usted, señora, dije; yo acompañé á Jaime.

—Gracias, caballero, me interrumpió la de Wine; pero, por desgracia, me consta lo contrario, ya que hasta las cuatro de la madrugada yo misma he estado aguardándole á la puerta de su casa.

—Indudablemente ya se había recogido antes de que usted llegara.

—No, señor, me he informado.

Tales palabras no tenían réplica.

—¡Ay, caballero! Jaime ya no me ama, profirió la de Wine no pudiendo reprimir por más tiempo las lágrimas. Me está engañando: ama á otra mujer; como si lo viera. ¡Si usted supiese cuánto ha cambiado para conmigo! ¡Qué desgraciada soy! y hace mal, muy mal, en causarme tanta pesadumbre, porque mujer alguna le amaré como yo le amo. Hace quince meses que nos conocemos, y no puede echarme nada en cara. Todo mi conato lo he puesto en serle agradable. Me anticipo á sus deseos, me adapto á sus hábitos y á sus caprichos, y no tengo más voluntad que la suya. A mi madre no puede verla ni en pintura, y por eso nos frecuentamos lo

menos posible; he cerrado las puertas de mi casa á todos mis amigos para abrirla á los suyos. Tan pronto supe que usted estaba de regreso, y sabiendo que á él le halagaría el verle, le escribí á usted para acercarlos uno á otro. No levanto obstáculo alguno á su trabajo ni á sus relaciones, pues sé lo que es un artista, sobre todo á su edad. He hecho cuanto ha querido, en una palabra, y, ello no obstante, parece que le aburro. Viene á verme, y á los cinco minutos, apenas se ha sentado, se levanta para marcharse. Las noches las pasa fuera de casa, y, como si esto fuese poco todavía, es injusto para conmigo y me lastima en todas mis pequeñas vanidades de mujer. Si estreno un vestido, paréceme de mal gusto; critica cuanto hago, no sólo en el seno de la intimidad, mas también en presencia de testigos; si le pido que me acompañe á alguna parte, se niega, y ¿sabe usted bajo qué pretexto? pues, bajo el pretexto de que soy demasiado hermosa, que todo el mundo me mira, y que esto le humilla. ¿Esta es razón que dar á una mujer? No, esto es la conducta de un hombre que ha dejado de amar. Sin embargo, yo echaría un velo sobre todo si no adivinara otro amor. ¿No hice anoche todo lo humanamente posible para retenerle? ¡Ay! no pudiendo resistir á un doloroso deseo de convencerme, bajé tras ustedes, me subí á un simón y me fui á su casa. Como yo le hubiese visto recogerse, hubiera dicho entre mí: «Vuelve á su casa para trabajar; un espíritu como el suyo con frecuencia necesita de la soledad.» Me habría dado á mí misma todos los consuelos que un corazón siempre dispuesto á perdonar halla en lo íntimo de su amor. Pero no, no regresó á su casa. ¡Qué noche he pasado! ¿Dónde estaba Jaime? ¿qué hacía? Usted ya comprende que no puedo vivir en tales zozobras. Me he recogido quebrantada, enferma de dolor y de frío, calenturienta, y he pasado el resto de la noche en un llanto... Esta mañana he resuelto venir á verle á usted, para que me haga un favor que le agradeceré toda mi vida. Abóquese usted con Jaime, indague la verdad y dígamela. Le juro á usted que él nunca conocerá que yo la sepa; pero cuando me quepa la certidumbre de que ha dejado de quererme y que ama á otra mujer, entonces me alejaré. Mi salud, siempre un tanto endeble, me proporcionará un pretexto, y me iré á algún rincón ignorado para ver de olvidar los sueños de ventura que en mi fantasía acariciara; porque, en verdad había unido mi porvenir al de

Jaime, y hacía votos por su talento, y le alentaba y le sostenía y le exaltaba con todas mis fuerzas. Yo le tengo por el hombre más ilustre de la tierra, y quisiera que todos fuesen de mi parecer; y no digo más; ya sabe usted lo que es una mujer que ama. Deposito en usted toda mi confianza, caballero; hábleme usted con toda sinceridad, no me dé una esperanza á que luego me vería constreñida á renunciar, y, se lo repito á usted, sea lo que fuere lo que usted me diga, le estaré agradecida eternamente.

Este lenguaje era, en realidad, el de un corazón que querría haberse engañado y que no solicita más que una palabra para creerlo así.

El patético lenguaje de la señora de Wine me conmovió.

—Señora, le dije, Jaime la ama á usted, estoy seguro de ello. Sus veleidades, de que se queja usted, han sido siempre una de las notas de su carácter; y eso lo sé yo, que me he educado con él. Además, á los artistas nos asaltan, en ocasiones, ciertos caprichos y cierta inquina contra las mujeres. Quizá mira usted la situación tras un cristal de aumento. No me admiraría que Jaime hubiese empleado la última noche lo más sencillamente, por ejemplo, en compañía de un amigo, ó en un baile, ó tirando la oreja á Jorge, á lo que era bastante aficionado en otro tiempo; y es que el trabajo mental exige á menudo distracciones violentas. Además, su arte le pone necesariamente en contacto con actrices y bailarinas, y, de consiguiente, puede haberse visto obligado á ir á casa de una de ellas y no haber querido decirlo, lo que sería muy natural, pues el amor que usted le lleva podía haberse alarmado y ver peligro en una cosa, para él, sin importancia. Como quiera que sea, yo le veré hoy mismo y le interrogaré, y mañana sabrá usted lo que él me diga.

Yo estaba muy lejos de sentir la convicción que me propuse infundir en el ánimo de la señora de Wine; lo que resolví fué engañarla durante el mayor tiempo posible si por desgracia sus sospechas eran fundadas, pero sustentando la intención sincera de restituirla á Jaime, haciendo comprender á éste que su dicha estaba de aquel lado. En efecto, la señora de Wine, joven, hermosa, viuda, rica, libre y suficientemente mujer de mundo, según mi parecer era la más agradable y conveniente amistad que pudiese cultivar. Que Jaime era infiel, excusado es decirlo; pero quizá su infidelidad no obedecía más que á un capricho por alguna mujer de teatro,

capricho sin raíces y que un poco de reflexión extirparía en breve plazo.

La señora de Wine salió de mi casa más tranquilizada que no había entrado, y me exigió palabra de que no diría yo ni una á Jaime respecto de la visita que ella acababa de hacerme ni de la comisión que me confiriera.

Á las cinco de la tarde llegó mi amigo, risueño, cantando, con todas las trazas de un hombre dichoso. Aquella alegría, en oposición con la tristeza de la visita que recibiera por la mañana, me puso en cuidado para la señora de Wine; parecióme de mal agüero respecto de mi negociación.

- Cualquiera diría que estás muy alegre, dije.
- Realmente lo estoy.
- ¿De dónde vienes?
- De dar un paseo á caballo.
- ¿En qué vas á emplear la tarde?
- Todavía lo ignoro.
- ¿Y esta noche irás...?
- Adonde la anterior.
- Y ¿puede saberse dónde has estado la última noche?
- Mucho pedir es.
- Luego, es cierto lo que sospecho.
- Y ¿qué sospechas?
- Que estás si rompo no rompo con la señora de Wine.
- No andas del todo descaminado.
- Haces mal; ella te ama.
- A lo menos así lo cree.
- Pues yo estoy certísimo de ello.
- No temas, no le acarrearé la muerte nuestra separación.
- Conque ¿estás decidido á separarte de ella?
- Es preciso.
- ¿Pobre mujer!
- ¿La compadece?
- Sí, la compadezco de veras.
- ¿Qué caramba! tienes razón, profirió Jaime formalizándose prontamente—porque es de saber que no había quien con más prontitud pasara de una sensación á la sensación contraria;—tienes razón, y también yo la compadezco. Pero es superior á mí, amigo mío, y entretanto reboso de dicha. Tengo el corazón satisfecho, el cerebro siempre inspirado, y

respiro la vida con todas mis fuerzas; ¡por fin amor! y este amor, te lo juro, he hecho todo lo humanamente posible para que me proviniera de la señora de Wine. Yo querría haber amado á esta mujer sobre todas las demás; pero me ha sido imposible. Mientras he vivido con ella no he compuesto más que música mala; hoy ¿quieres que componga una obra maestra como *Guillermo Tell* ó *Don Juan*? Venga pluma y papel, y pongo en seguida manos á la obra.

—¿Y si te engañas?

—No me engaño.

—Y eso dura...

—Desde hace seis semanas.

—Y, desde entonces, la señora de Wine...

—Todos los días invento un nuevo pretexto para no verla, ó verla lo menos posible. La trato injustamente, lo sé, pero no está en mí obrar de otra suerte. Cuando recuerdo las pequeñas malas pasadas que le he jugado para robarle un día, una hora, me avergüenzo. Pero ¿qué hacer? yo no puedo decirle descarnadamente que he dejado de amarla, que ni siquiera la he amado; y, sin embargo, esto sería más leal y menos cruel que engañarla como la estoy engañando y el martirizarla como lo estoy haciendo; porque ella sufre, lo veo perfectamente. ¡Ah! si la ruptura pudiese partir de ella misma; si, de improviso, pudiese ella enamorarse de otro hombre; si pudiese ser dichosa con otro que no yo, ¡qué buen amigo sería yo de ella y de ese otro! ¿Por qué tiene que verse obligado un hombre á galantear á una mujer hermosa aun cuando no la ame? ¡Qué tradición más necia y más ridícula! Como yo pudiese haberme sustraído á ella, hubiera sido para la señora de Wine lo que para la señorita de Norcy, que me lleva gran cariño; verdad es que esta última tiene la grande ocupación del alma indispensable á las mujeres, uno de esos hermosos, profundos y finos amores que abrazan toda una existencia, y que, al revés del rayo, hacen vivir á los que tocan y matan á aquellos de quienes se separan. La señora de Wine no tenía esa ocupación, y ha creído que yo se la daría, del mismo modo que yo esperé hallarla en ella; mas desde un principio conocí que los dos nos habíamos engañado. Nuestras relaciones no han sido más que un matrimonio de conveniencia; salvo el matrimonio, por fortuna. Quizás hice mal en no advertirla y en no mostrarle el camino por

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEO  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Año 1925 MONTERREY, MEX.

el cual podía retroceder; pero soy hombre, y, como tal, egoísta, y aunque no la amaba, como tampoco amaba á ninguna otra mujer, callé y aguardé. Interin, ella se habituó á mí, y aun la apatía de mi amor contribuyó á aumentar el suyo, y hoy me quiere, si bien no tanto como ella supone, pero me quiere de veras, y nuestra separación le causará un disgusto profundo. Pero, lo repito, nuestra separación es necesaria: ni siquiera me tomo el trabajo de esconderme, y esto ha de traer forzosamente el que, tarde ó temprano, la señora de Wine lo descubra todo, y sabe Dios lo que entonces sucederá. Así, pues, la Providencia te ha traído á París, y confío en ti para el desenlace. Siendo, como eres, novelador, esta tarea te atañe de derecho. Ve de dar con un recurso nuevo, original, que me haga trocar mi carga de amante por la posición de amigo, y me prestarás un favor grandísimo.

—¿Estás firmemente decidido?

—Sí.

—¿De todas veras?

—Palabra.

—Entonces ya puedo decírtelo todo.

—¿Qué ocurre?

—La señora de Wine ha estado aquí.

—¿Cuándo?

—Esta mañana.

—¿Me siguió ayer y lo sabe todo?

—Nada sabe.

—Pero ¿sospecha algo?

—Ni eso.

—¿Qué la ha traído, pues?

—Me ha encargado una comisión para ti.

—¿Qué comisión?

Para ver claramente el efecto que mi respuesta produciría á mi amigo, lo miré atentamente y dije:

—La misma que quieres tú conferirme para ella.

—¿Cómo! ¿quiere romper?

—Sí.

—¿Ya no me ama?

—Lo has adivinado.

—¡Oh, mujer encantadora! exclamó Jaime echándome los brazos al cuello. ¡Y que no me saca de un apuro poco grande!

Mis palabras no conmovieron lo más mínimo á mi amigo, ni siquiera le ajaron el amor propio; no se sintió mortificado ni ante la idea de que jactándose, como se había jactado, de que una mujer suspiraba por él, pudiese haber parecido por un instante ridículo á los ojos de quien, desde la mañana, sabía lo contrario. En una palabra, nada turbó su gozo, ni aun la sospecha natural de que yo le estaba embromando, y que era imposible que la señora de Wine me hubiese confiado de un modo tan grosero tan espinoso encargo.

## II

Decididamente había que renunciar á toda esperanza; podía ya amortajarse á aquel amor; estaba muerto, y bien muerto, si es que había existido.

Después de haberme mostrado lo bastante solícito en pro de mi protegida—lo que yo acababa de hacer era la única manera de convencerme, y no sólo de convencerme yo, mas también de convencerse Jaime, del estado real de su corazón;—después de haberme mostrado lo bastante solícito en pro de mi protegida, repito, necesariamente iba yo á verme en el caso de ser el paño de lágrimas de aquella separación. ¿Cómo iba yo á componérmelas, después de haber infundido, aquella mañana, á la desconsolada señora de Wine, la esperanza que me cabía la certeza de que no había hecho más que crecer y florecer? Envié noramala á todos los amantes. Sin embargo, yo no podía dejar á Jaime en el engaño en que estaba. No me era permitido consentir que, ni por un minuto más, tal mentira empañara la buena fama y el amor de aquella señora. Así, pues, declaré sin rodeos la verdad á mi amigo.

—Peor para ti, profirió Jaime; sal del mal paso como puedas.

—Ea, basta de chanzas, repuse con acento de formalidad. Después de quince meses de relaciones, no rompas así con esa mujer. Busquemos un recurso honroso que, al par que ponga á cubierto tu delicadeza, no hiera demasiado en lo vivo su corazón y su dignidad.

—Ya te he dicho que en cuanto al corazón de la señora de Wine debes no juzgarlo superior á lo que es. Última-

mente ha ocurrido entre ella y yo un lance que podríamos llamar del ramo, y que me ha demostrado que ese corazón podría muy bien estar en camino, si no de un amor, á lo menos de un consuelo, y que no sufriría tanto como á ti se te antoja suponer.

—¿Qué lance es ese?

—En él verás una nueva contingencia del acaso. Que soy el hombre menos galante del mundo, de puro sabido lo tendrás olvidado. No se me ocurriría la idea de llevar un ramo de violetas de diez céntimos á una mujer por quien daría gustoso mi vida. No entiendo jota de esos obsequios que, según parece, tienen un valor inestimable á los ojos de las mujeres, y aun constituyen todo el mérito de algunos hombres. De aquí que, desde que nos conocíamos, no hubiese yo enviado una flor á la señora de Wine, la cual, por otra parte, no las aceptaba de persona alguna. Las que entraban en casa de aquélla, el día del mercado de las flores, las compraba ella misma, y, al ir yo por la noche, las encontraba en el tocador ó en el salón. Hace unas tres semanas, cierta mañana en que yo tenía que reprocharme cierta jugarreta que la hice sin que ella se diera cata, pasé por delante de la tienda de una florera y vi unas violetas de Parma admirables. Mandé hacer de ellas un ramo descomunal, y se lo envié á la señora de Wine, sin acompañar mi tarjeta, para tener, cuando la viese, el gusto de jactarme de una galantería tan desusada en mí. Por la tarde, á las cinco, llegué á su casa, entré en el salón, miré, y no vi el ramo; me fui al comedor, y tampoco; abrí el retrete, y lo mismo, é idéntico en el dormitorio. No quedaba más que el tocador, espaciosa y elegantísima pieza, con una cama en la que, en ocasiones, duerme la madre de tu protegida cuando se retarda en casa de su hija. Dispúsemme, pues, á continuar mis pesquisas, sin afectación alguna, como las principiara, cuando la señora de Wine me detuvo y me preguntó adónde iba.

—Ahí, en el tocador, está mi madre probándose un vestido; no entre usted, me dijo con voz tan natural que no ofrecía la menor duda.

Y, por otra parte, ¿por qué habría yo sospechado de la señora de Wine? No entré, pues; pero como el no ver el ramo había despertado mi curiosidad, le pregunté:

—¿No le han traído á usted un ramo esta mañana?

—¿A mí? no.

—¿Está usted segura?

—Segurísima.

—Pídaselo usted, pues, á su doncella.

La señora de Wine llamó, y al presentarse la muchacha le pregunté si habían traído un ramo para la señora.

—No, señorito, me respondió aquélla.

Sin embargo, era imposible que la florera no hubiese mandado el ramo.

¿Mentía la señora de Wine? Ello era menester aclararlo; así, pues, proseguí:

—¡Es singular! ¡muy singular! Será lo que se quiera pero esta mañana yo he visto con estos mis ojos, al pasar por delante de la puerta de esta casa, á un hombre que traía un ramo y se metía en esta escalera, y movido á curiosidad le he seguido. El sujeto del ramo ha preguntado por usted al portero, ha echado luego escalera arriba, y al descender no llevaba nada en la mano.

—¡Ah! exclamó la de Wine sonrojándose, ¿quiere usted decir un ramo de violetas? no era para mí.

—¿Para quién, pues?

—Para mi madre.

—¿Para la madre de usted? ¿Y de cuándo acá le envían ramos á casa de usted?

—Ella misma lo ha comprado, y como ha venido para pasar el día conmigo, ha mandado traerlo aquí; pero yo personalmente no he recibido ramo alguno.

La mentira era flagrante.

—Pues hágame usted el favor de preguntar á la señora madre de usted dónde ha comprado el ramo, dije.

—¿Para qué?

—Quiero mandarles á usted otro igual.

—Es inútil.

—Como la madre de usted se encuentra en el tocador, puede contestar inmediatamente. ¿Quiere usted que yo mismo se lo pregunte?

—No, gracias; voy yo misma.

La señora de Wine salió del salón y regresó al cabo de un minuto, diciéndome con serenidad que probaba cierto hábito de mentir:

—Lo ha comprado en el mercado de la Magdalena.

—Pues bien, como me ha parecido muy hermoso, le dije



con tono el más natural del mundo, al salir de aquí voy á mandarle á usted el parejo.

Continué conversando, y á poco me salí con la intención de poner en claro aquel lance. Lo primero que hice fué mandar á casa de la madre de la señora de Wine, y, como presumía, atendida la poca frecuencia con que aquélla visitaba á su hija, no se había movido de casa en todo el día. La mentira, ó más bien, la doble mentira, era patente. Y pregunto yo ahora, ¿por qué me dijo la señora de Wine que su madre estaba en el tocador? para que yo no entrara en él, es obvio. ¿Por qué no quiso que yo entrase? porque no quería que yo viese el ramo. ¿Y por qué no quería que yo lo viese? porque, y esto es evidente, creía que procedía de otras manos que las mías. Luego en la casa había un misterio, y como yo no deseaba sino que la señora de Wine me contrariara en algo para autorizarme, ante mi conciencia, á seguir adelante, tal incidente me vino de perlas. No le dije nada, ni la vigilé; pero me reservé aquella puerta excusada para escapar por ella el día en que resueltamente fuese menester acabar. Este día ha llegado; y te he referido ese lance, que es auténtico, para que de él saques el partido que más te plazca. No deduzco de él que la señora Wine tenga otro amante; sin embargo, como acabas de ver, tal nueva no me admiraría. Lo que está fuera de toda duda es que la visita alguien á quien yo no conozco y del cual acepta ramos que ella me esconde. Quizá no sea más que una niñería; peor, porque yo la convertiré en pretexto. De su posición actual á la de sucesor, con ayuda del despecho, no habrá mucha distancia para el incógnito galán; y de eso á consolarse, para la señora de Wine tampoco habrá mucha distancia. Por otra parte, ¿no te ha exigido que le dijese la verdad monda? ¿El paso que ha dado esta mañana no te prueba que está dispuesta á saberlo todo?... ¡Que se retirará á un rincón del mundo! ¡Bah! todas las mujeres dicen lo mismo en semejante caso, pero, por fortuna, son contadas las que lo hacen. Con todo eso, ella sufre, lo creo, porque todavía soy yo á quien ama con preferencia, pero quépate el convencimiento de que siente ya un apoyo de otro lado. Ya sé que preferiría no tener necesidad de él; pero sé también que de tiempo en tiempo convierte hacia él sus ojos. En resumen, amigo mío, me es imposible tomar por el lado serio esas relaciones, máxime ahora. Así, pues, pon manos á

la obra desde esta noche, y entretanto vámonos á comer.

Quizás en el instante en que Jaime pronunciaba el nombre de la señora de Wine animado del deseo de romper con ella, otro, el desconocido del ramo, lo pronunciaba entregado á todos los delirios y á todas las ambiciones del amor. Así va el mundo. ¡Cuántas mujeres encierra una mujer! y gran fortuna que así sea. Buffón ha dicho que el estilo es el hombre, y podría decirse de la mujer lo que aquél ha dicho del estilo, porque la mujer no es lo que es, sino lo que el hombre ve en ella.

Cúmpleme decir que lo que Jaime me contó atenuó un tantico el efecto que me produjo la visita de la mañana, y que la señora de Wine se me presentó ya bajo otro aspecto. Acepté, pues, la comisión diplomática que me encargara mi amigo; y al decir comisión me expreso mal, porque quizá lo que yo iba hacer era un estudio, un estudio de esos que entran de lleno en mi oficio.

Me faltaba saber de qué manera había contraído Jaime las nuevas relaciones cuya aurora servía de ocaso á las otras. Por fortuna mi amigo no era capaz, sobre todo conmigo, de detenerse á la mitad del camino de sus confidencias, é hice propósito de interrogarle durante la comida.

—¿Adónde vamos á comer? le pregunté.

—A casa de Lether.

—¿En la calle de Rívoli?

—Sí: allí como todos los días.

—Lejos de tu casa comes.

—Me conviene; pero andando, que se me hace tarde.

Aquella necesidad de comer todos los días en el mismo sitio, y el temor de hacer tarde para comer en un restaurante, tenían de fijo conexión con la historia que yo deseaba conocer.

—Bien, le dije una vez en la calle, ahora vas á contarme...

—Todo te lo contaré, pero no esta noche, sino un día en que los dos estemos de calma.

—Conque ¿es largo?

—Bastante.

—¿Y esta noche?

—Quizá no pueda pasar más de media hora contigo.

—¿En qué vas á ocuparla?

—Ésta es la hora en que todavía lo ignoro, pero no tar-

daré en saberlo. Por otra parte ¿no tienes que ir á casa de la señora de Wine?

En esto llegamos al restaurante Lether.

—¿Ha venido alguien á preguntar por mí? dijo Jaime á uno de los camareros.

—Todavía no, señor, respondió el interpelado.

El comedor estaba de bote en bote. No eran, de consiguiente, aquellos, sitio y momento oportunos para una confidencia, y no insistí. Hablamos, pues, de otros asuntos, y al llegar á la mitad de la comida, un hombre en quien era fácil conocer al portero de una casa linajuda, entró en el comedor, vino directamente á nosotros, y entregó á Jaime un papelito doblado, pero sin cerrar, y que á lo sumo contenía dos líneas.

—Está bien, dijo mi amigo.

El portero, llamémosle así, se fué por donde había venido, sin proferir una palabra.

—Parece que no son muy misteriosas las cartas que te escriben, dije á Jaime. ¿Por qué no te las mandan cerradas?

—No hay peligro que el mensajero las lea.

—¿No sabe leer?

—Sí; pero son ilegibles, y si no, prueba de descifrar ésta, repuso mi amigo entregándome el papel que acababa de recibir.

El billete contenía dos líneas escritas con lápiz, pero de tal suerte, que me habría sido necesario media hora para descifrarlas. Era evidente que Jaime no leía, sino que adivinaba aquella escritura, verdadera escritura de mujer perzosa y apresurada.

—Pues estas dos líneas, repuso mi amigo, dicen: «Iré por usted á las siete y media. Le confisco á usted la velada.»

—Así, pues, á las siete y media...

—Te dejo; y como son las siete y veinte, apresurémonos.

Cinco minutos después nos estábamos paseando de arriba abajo por los pórticos de la calle de Rivoli, como quien aguarda, y aun recuerdo que ofrecí á Jaime dejarle solo.

—No te vayas aún, me dijo; hazlo cuando veas venir un pequeño cupé arrastrado por dos caballos blancos.

—Está bien.

En el mismo instante se oyó el rápido y sonoro rodar de un coche, y se acercaron á nosotros, como si nos miraran, dos brillantes faroles interceptados periódicamente por los

pilares de los arcos. Jaime me dió un apretón de manos, el coche acortó su marcha, y por fin se detuvo, luego abrióse la portezuela por sí antes de que el lacayo hubiese tenido tiempo de bajar de su sitio, y mi amigo entró en el cupé, que partió de nuevo sin necesidad de que al cocheró le trasmitiesen orden alguna. Al pasar el coche junto á mí, vi una linda mano enguantada que acababa de cerrarlo, y, en el testero, una mujer, un velo, una sombra.

De aquel sencillo pormenor emanaba no sé qué misterioso encanto. El cupé desapareció á poco, y yo me fui á casa de la señora de Wine, arbitrando en mi imaginación el modo de desempeñar la espinosa comisión de que estaba encargado. ¡Qué dichoso era Jaime! él mismo se negociaba sus amores, y se divorciaba por medio de embajador.

Una vez en la escalera de la señora de Wine, me detuve dos ó tres veces para ordenar mi mensaje, y por último llamé, resuelto á tomar consejo de las circunstancias.

—La señora ha salido, me dijo la doncella.

—¿Y estará fuera toda la velada?

—Sí, señor. Ha dicho que quizá no regresaría hasta hora muy avanzada de la noche.

—¿Está en el campo?

—No lo sé, caballero.

—Y ¿no ha dejado recado alguno para el señor de Feuill, por si éste venía? Vengo de su parte.

—Ninguno.

Aquella salida de la señora de Wine era muy extraordinaria, tanto más cuanto pasaba todas las veladas en su casa para esperar á Jaime, y, sobre eso, aquella noche debía aguardar mi respuesta. Con todo, no me quedaba más camino que volverme, y así lo hice, encaminándome directamente á un teatro, donde me estuve hasta las diez, á cuya hora me recogí.

—Han traído esta carta para usted, me dijo mi portero; aguardan con impaciencia la contestación.

Miré el sobre y no conocí la letra. Abrí la carta y vi que decía:

«Tan pronto reciba usted la presente, sírvase llegarse hasta esta su casa; tengo que comunicarle un asunto de importancia y pedirle un favor.

»E. DE NORCY.

»Calle de Provenza...»

¿Qué significaba aquello? Era evidente que se trataba de la señora de Wine. Volé, pues, á casa de la señorita de Norcy; la cual abrió la puerta por su propia mano, me impuso silencio con una seña, me asió del brazo y me condujo al comedor.

—Hablemos quedo, me dijo aquélla; no conviene que sepan que está usted aquí.

—Pero ¿qué pasa?

—La señora de Wine está en mi dormitorio, en un estado que le daría á usted compasión. ¡Lo sabe todo!

—¿Qué sabe?

—Los nuevos amores del señor de Feuil.

—A mi ver, todo se reduce á meras sospechas.

—No, señor, está segura; hasta me ha nombrado á la mujer.

—¿Y cómo sabe lo que yo mismo ignoro?

—Ha recibido un anónimo.

—¿Cuándo?

—Esta mañana al regresar de casa de usted.

—Luego usted sabe...

—¡Sí, yo la he acompañado hasta la puerta del domicilio de usted! En el estado en que se encontraba ¿cómo quiere usted que yo me separase de mi amiga? Con ella he pasado parte de la noche. Ha llegado aquí á las cuatro de la madrugada, después de haber estado aguardando inútilmente que Jaime se recogiera. No parecía sino que tuviese trastornado el juicio. Yo soy quien le he aconsejado que fuese á verle á usted, y yo también quien desde la casa de usted la he conducido, un tanto tranquilizada, á la suya. Entonces es cuando ha recibido el anónimo. ¡Qué vil y cobarde es la persona que de esta suerte se complace en dañar á una mujer! El anónimo no contenía más que estas palabras: «Jaime la está engañando á usted; si quiere usted cerciorarse de ello, sígale en coche, *pues ellos van aprisa.*» Mi amiga ha mandado enganchar inmediatamente y ha ido á apostarse algunas casas más allá de la del señor de Feuil. Éste, á las dos, ha salido á caballo, y ella le ha seguido. El señor de Feuil se ha encaminado al bosque de Bolonia, lo ha atravesado en línea recta hasta la puerta de Suresne, donde ha dejado su caballo en casa del guarda, quedándose á la puerta en actitud del que aguarda á alguien. A poco ha llegado un pequeño cupé arrastrado por dos caballos blancos... ¡Oh! á la señora de

Wine no se le ha escapado ni un pormenor. Jaime se ha sentado junto á una mujer, y los dos se han paseado por fuera del bosque espacio de una hora. Luego el cupé ha dejado en el mismo sitio de donde lo tomara al señor Feuil, que se ha subido de nuevo sobre su caballo y se ha alejado en dirección contraria á la que ha tomado el coche. Entonces la señora de Wine ha seguido á éste, porque tenía empeño en saber quién era aquella mujer. El cupé se ha dirigido hacia los Campos Elíseos y ha entrado en una casa de la calle de Rívoli, donde era evidente que habitaba la dama. Mi amiga ha hecho preguntar cómo se llamaba aquélla, y luego ha venido á contarme cuanto ya sabía y se ha vuelto para continuar espionando al señor de Feuil, el cual se ha encaminado otra vez á su casa, donde ha dejado su caballo, y á poco ha salido nuevamente para encaminarse á la de usted. ¿No es verdad?

—Sí, señora.

—Luego se han ido ustedes á comer juntos á la calle de Rívoli, en casa de Lether.

—También es cierto.

—En comiendo, el mismo cupé ha venido para tomar el amigo de usted y se lo ha llevado.

—Es exacto de todo punto. ¿Y la señora de Wine ha seguido al cupé esta vez?

—Sí, señor.

—Y ¿dónde está ahora Jaime?

—En el teatro Francés, en el proscenio número 2.

—¿Con la dama?

—Sí, señor.

—¿Solo con ella?

—Solo.

—¿Y la señora de Wine?

—¡Oh! la señora de Wine está fuera de sí. Ha venido á buscarme para que la acompañe al teatro Francés, y está empeñada en continuar siguiendo á Jaime después de la función para saber dónde éste ha pasado la noche última, porque ahora tiene el convencimiento de que la ha pasado en la calle de Rívoli; pero, á pesar de todo, quiere cerciorarse de ello por vista de ojos. Entonces he pensado en usted, porque la verdad es que un hombre puede lo que no una mujer. El señor de Feuil ama sin duda á la señora de Wine, y en este supuesto le interesa ocultar esos amores, que

quizá no existan todavía. Usted sabe cuánto quiero á Carlota, y como la conozco y sé que la pesadumbre es mala consejera, quisiera impedir que hiciese alguna locura, que la hará si sabe de fijo que es engañada. Esta es la situación, amigo mío; procure usted ver al señor de Feuil y decirle que le vigilar; que busque una razón lógica, si puede, á su conducta de hoy, y que vaya á su casa esta noche. Esto es lo primordial, y todo podrá aún repararse, así lo espero á lo menos. No le repito á usted todas las extravagancias que en el primer momento me ha dicho la señora de Wine. Figúrese usted que quería entrar en el palco del teatro Francés, abofetear á esa mujer, dar un escándalo público; porque, según parece, la mujer esa es una mujer mundana. No me ha costado gran trabajo inclinarla á otras ideas, pues tiene dignidad; pero, se lo repito á usted, diga usted al señor de Feuil que tome precauciones, que se esconda, ó que rompa con sus nuevos amores, que sería lo mejor; de no, sucederá algo de que él será el primero en arrepentirse si todavía ama á la señora de Wine.

Yo repetí á la señorita de Norcy mi conversación con Jaime, la informé de la prueba que hiciera en él y de su resultado, y, por último, le participé la comisión que mi amiga me confiara.

—Si es así, profirió mi interlocutora, después de meditar un poco, entre usted en el salón, diga usted á Carlota que en su casa le han manifestado á usted que probablemente la encontraría usted aquí, y con todas las precauciones del caso declárele usted la verdad. Será un trago amarguísimo, pero más vale que apure el cáliz esta noche que mañana, porque esta noche estaré á su lado para suavizarlo.

Yo esperaba una escena de lágrimas y de recriminaciones; y, en efecto, al entrar yo en el salón, la señora de Wine estaba llorando silenciosamente.

Carlota, al verme, se enjugó los ojos, y á las primeras palabras que le dije, se sonrojó; sin embargo, se contuvo, y con voz, si bien sosegada en la apariencia, pero bajo la cual bullía la cólera del orgullo lastimado, me respondió:

—Está bien, caballero; diga usted al señor de Feuil que queda en completa libertad.

Dichas estas palabras, la dama se levantó, dió un beso á la de Norcy, tendióme la mano y se retiró, á pesar de los esfuerzos que su amiga hizo para retenerla.

Confieso que en aquel momento aquella mujer no era la misma, y que la emoción imprimía á su hermosura un nuevo carácter. Era más que hermosa; y Juno, celosa y airada, nunca fué tan arrogante ni tan grande. Mujeres hay á quienes uno debería verlas bajo ciertos aspectos para comprenderlas y apreciarlas. Sólo por su cólera, la señora de Wine merecía ser amada. No, no era posible que Jaime la hubiese visto nunca de tal suerte.

Como es natural, la señorita de Norcy y yo continuamos todavía conversando un rato sobre lo que acababa de pasar. ¡Qué contraste hacía con la agitación de la que recién había salido la existencia tranquila y la dulzura de carácter de aquella joven!

—Sí, repuso mi interlocutora, después de haberle referido yo el lance del ramo, del que nada dije á Carlota; sí, mi amiga es así, y no me admira lo que usted me cuenta. Amaba y continúa amando al señor de Feuil, y no hubiera sido capaz de engañarlo, como ahora no será capaz de perdonarlo. El amor que ella siente no es un amor cabal, pues si bien llega hasta la fidelidad, se detiene en el perdón. Esto se origina de su hermosura imperiosa y del orgullo que le han infundido los homenajes de que se ha visto rodeada toda su vida. No admite rivales, ni comprende que la engañen. Carlota fía demasiado en su hermosura y exige, en cambio, por modo excesivo. El señor de Feuil, á quien estimo mucho y que habla conmigo con el corazón en la mano, me lo ha dicho repetidas veces. A la señora de Wine le es imposible no escuchar á un hombre que le dice que es hermosa, como si ella no lo supiese. Grandes disgustos se está preparando mi amiga para cuando no puedan decirle otro tanto. El señor de Feuil nunca echó una flor á Carlota ni se ocupó en su hermosura; la miraba como un pormenor; y aquélla, á quien esto ofendía, llevaba su candidez hasta el extremo de echarse en cara.

—Si yo le hablase á usted todos los días de su hermosura, dijo una vez el señor de Feuil á Carlota, y esta noche se rompiese usted dos dientes, ¿qué le diría á usted mañana?

Sobre el particular levantaban verdaderas disputas, de las que ella salía lastimada en su amor propio, porque Jaime hablaba con toda la franqueza de su carácter, y ella con todo el fuego y toda la arrogancia del suyo.

—Debería usted estar orgulloso de verse amado por una

mujer como yo, dijo un día Carlota á Jaime en este mismo aposento.

—Mire usted, niña, le replicó Feuil—porque ante mí no se andaban con encogimientos,—el hombre que se enorgullece de ser amado de una mujer hermosa es un necio. La vanidad la he puesto en mí y no en los demás. Si en la calle me miran, quiero que sea por la música que compongo y no por la mujer á quien acompaño, y en definitiva, prefiero que no me miren poco ni mucho. Cuando una mujer es tan hermosa como usted, debe olvidarlo, y á fuerza de talento hácese lo perdonar por las demás mujeres.

Como le he dicho á usted, Carlota salía siempre algo mortificada de semejantes inútiles discusiones, y las dudas del amor no comprendido se unían á los pequeños rencores de la vanidad ofendida. En suma, mi amiga no andaba del todo descaminada en sus sospechas: Jaime no sentía por ella lo que puede apellidarse un amor verdadero. Arrebatado por su imaginación de artista, entusiasta y de fogosa fantasía, en ocasiones intentaba remontarse con Carlota por las regiones superiores que visitaba su talento; pero sus esfuerzos resultaban vanos: su amiga no podía seguirle. Lo mismo que de su talento puede decirse de su amor: se detiene á lo mejor del camino; va hasta el tino, pero no hasta la originalidad. Hay en ella algo vulgar que delata su cuna, que sobrevive á su representación social, y que era incompatible con la inteligente sensibilidad de Feuil. El padre de Carlota era comerciante; ella casó con un joven que, según parece, estaba bastante rico y se hacía apellidar Wine, nombre tomado de un pequeño fundo de su propiedad. Esta nobleza no le ha abierto á Carlota todas las puertas, y una vez viuda se ha encontrado como fuera de su centro en una sociedad que no la quería ni ella la apreciaba para nada. Entonces ideó utilizar su independencia para crearse una sociedad de artistas, y para ello contó con Jaime, que siempre le opuso la más tenaz negativa. En materia de arte, todo su gusto se basa en la tradición, no en el sentimiento; por consiguiente, los artistas amigos de Jaime no habrían disfrutado en casa de Carlota. En una palabra, de ese cúmulo de pequeñas incompatibilidades, mortales para el amor de un hombre de ingenio, ha resultado lo que no podía menos que resultar. Aparte de Jaime, Carlota ha aceptado finezas, inocentísimas, yo respondo de ello, pero indispensables á su modo de ser,

y que han dado origen al lance del ramo; por otra parte, Jaime, al encontrar á una mujer como la que esta noche le acompaña, y de la cual he oído hablar con frecuencia, y que sobre ser una dama de elevada alcurnia es hermosa y de claro talento, se ha visto arrebatado sin poder, sin intentar siquiera permanecer fiel á unas relaciones que no eran ya más que un hábito. Con todo, Carlota sufre, porque amaba á Jaime cuanto estaba en su naturaleza amarle. Temo lo que va á suceder: Carlota no es mujer de esas á quienes el recuerdo ó el dolor impone la dignidad; es accesible al despecho, sin contar que es débil y necesita siempre apoyarse en algo representado por alguien. Es obvio que va á anudar atropelladamente relaciones con otro, que es lo que yo quería evitar, y de lo que, como le he dicho á usted hace poco, Jaime se habría arrepentido si todavía la hubiese amado. Pero ¿qué hacer ahora? ¿Qué representan los consejos de la amistad ante los de la cólera y de los celos? Yo llevo una vida muy sosegada, y encerrada en un pequeño círculo de afectos y de hábitos, no puedo conceder mucho tiempo á las agitaciones extrañas, de las que vituperaría si llegase á comprenderlas claramente. Diré á Carlota cuanto cumple á mi deber decirle, y á la buena de Dios, si es que Dios se ocupa en tales miserias.

### III

Como ustedes ven, la señorita de Norcy era mujer de criterio sano, tanto más apreciable cuanto no hacía ostentación alguna y se envolvía en su modestia.

Cuando me retiré era media noche; y como para ir á mi casa tenía que pasar por delante de la de la señora de Wine, al llegar frente á ella levanté los ojos y vi luz en una de las ventanas, lo cual era demostrativo de que aquella estaba todavía velando. ¿En qué tenía Carlota ocupado el pensamiento en aquel instante? ¿Qué sé yo! lo único que puedo decir es que una vez más la compadecí. ¿Qué triste es la primera noche que pasa una mujer después de un rompimiento con el hombre á quien amaba, por poco que le amase, y sobre todo cuando la acompaña la certidumbre de que el que la ha abandonado pasa aquella noche junto á otra mujer, sin pesares, sin remordimientos, no acordándose

de ella para nada! ¿No merecen entonces disculpa esas pobres criaturas al creer en los consuelos que les promete otro amor? ¿Han pensado ustedes alguna vez en el infinito número de mujeres que han debido padecer tal martirio en este mundo?

Estas líneas las estoy escribiendo á las once de una hermosa, límpida y sosegada noche de junio. La luna en su lleno, globo de alabastro, se mece en el purísimo éter; un espeso bosque raya el horizonte con una línea oscura, y por mi abierta ventana penetran una tras otra oleadas de aromosa brisa, tan ligeras que ni siquiera hacen oscilar la llama de las bujías, á la que de tiempo en tiempo vienen á abrazarse las mariposas nocturnas. Mientras estoy escribiendo esta historia de un dolor, quizá no lejos de mí, á pocos pasos, bajo las sombrosas alamedas, se están paseando dos hermosos y jóvenes enamorados que creen que el amor acaba de ser creado para ellos, con las manos cogidas, sonriéndose mutuamente y prometiéndose disfrutar largos años de ventura. Sí, la noche es de perlas para tales pláticas. Pero ¡cuántas noches iguales no ha visto el mundo! ¡cuántas manos no se han oprimido de esta suerte! ¡cuántos juramentos á media voz no se han confiado á las sombras amigas! ¡qué de eternidades no se han jurado entre dos besos!

¿En qué ha venido á parar el sueño de cada uno? ¿qué recogemos de él nosotros? Y pues debía morir tan pronto, ¿por qué nos abandonábamos á tales sueños? Entonces, ¿por qué? ¿por qué?... Palabra cruel hallada por la filosofía envidiosa de los gozos del alma, y que, riéndose á carcajadas, arroja aquélla de improviso en medio de nuestras más queridas y benéficas locuras. ¡Ay! demasiado cierto es, por desgracia: niña, otras niñas como tú han pasado cogidas de la mano de un amante ó de un novio; otras han velado como tú estás velando, con súbitos rubores en las mejillas y secretas esperanzas en el corazón; como tú, han aguardado un día, que temían no ver llegar nunca, y ese día ha llegado, y otros después; y ahí que en la hora presente, insensibles, frías y desfiguradas, duermen allá abajo, en una de las undulaciones del horizonte. Entonces, ¿por qué? Dichosas lo han sido... algunas; pero las más han sufrido, porque esta ley es común. Como quiera que sea, inclinaos ahora hasta sus tumbas y habladles de esa dicha tan grande; nada se estremecerá en

ellas... y la destrucción continuará sordamente su obra... Luego, ¿por qué soñar, si el resultado es cierto, si el fin es limitado por la muerte?

Y, sin embargo, volved los ojos, y á lo largo del cementerio mismo veréis un grupo confiado que va á buscar en la vecindad de los muertos el silencio y la soledad que necesita para amar con todo el corazón. Aquí, la muerte que amenaza á la vida; allí, la vida que hace burla de la muerte. Eterno reto, lucha perenne en que todavía sale triunfante la vida. Pues bien, creamos, soñemos, amemos mientras el corazón nos palpita, racione nuestra mente y nuestros ojos vean; y si la mano que estrechamos nos lastima, si la boca á quien escuchamos nos miente, si la muerte nos aguarda al final de la alameda, siempre nos quedará tiempo para lamentarnos, retroceder... y morir.

Á la mañana siguiente, Jaime me mandó á decir que no podía verme durante todo el día; pero que, como deseaba conocer el resultado de mi diligencia de la víspera, fuese yo á verle por la noche en el baile de la Ópera, donde él estaría.

No bien acababa yo de poner los pies en el teatro, cuando un dominó me asió del brazo sin soltar la mano de un hombre para mí completamente desconocido, y tirando de los dos, dijo á aquél:

—Prosigue, conde... El caballero no estorba; por otra parte, no tienes que nombrar á persona alguna.

Me era imposible conocer aquel dominó que disimulaba tan acabadamente su voz. En cuanto al sujeto á quien aquél apellidara conde, era hombre de unos treinta años, rubio, de ojos muy separados uno de otro, lo que imprime á la fisonomía un gesto de doblez y de desconfianza, porque esa clase de ojos parece que se han separado de tal suerte para ver, no de frente, sino de lado, y al mismo tiempo para eludir la mirada franca y no ser vistos más que del modo que ellos ven. En el acento del susodicho individuo conocí que éste era extranjero, por más que hablaba francés tan aprisa y correctamente cuanto es posible. El conde anudó la conversación, que, según parece, apenas estaba iniciada al llegar yo al teatro.

—Pues sí, dijo el compañero del del dominó, el desventurado actor por poco pierde el juicio. Una noche en que ella le había aplaudido y él terminado su papel antes de concluir

la pieza, fué á aguardarla á la puerta del teatro, y acercándosele en el instante en que iba á subir á su coche, le dijo en voz baja: «Señora, por favor, deme usted el ramo.» La dama, sin volver el rostro y metiéndose en el carruaje, dejó caer las flores, que el pobre muchacho fué á recoger bajo las ruedas, con grave riesgo de verse aplastado, pues el coche partió al mismo tiempo. Con todo eso, yo no afirmaré que entre ellos hubiese relación alguna, por más que no falta quien lo dice. Cuanto sé, es que ella concurría al teatro cada vez que él representaba, y que parecía no prestar atención sino cuando él estaba en escena. Sin embargo, cierto día él halló cómo introducirse en el jardín de la dama, y la dama, al conocerle, llamó á uno de sus criados, y le dijo: «Pregunte usted á aquel hombre qué quiere, y como lo que probablemente quiere es dinero, dele usted cuatro duros». El cómico, que oyó estas palabras, se marchó más pálido que un difunto. ¡Ah! Como él, tras semejante insulto, pudiese haberla comprometido, no hubiera dejado de hacerlo. No había, pues, lo más mínimo, y si había algo, no era más que una extravagancia de la dama encopetada que se está aburriendo.

—Pero, replicó el dominó, ¿no decias tú que en Hamburgo...?

—Sí, al mismo tiempo que ella, estaba en Hamburgo el barón de Ic, calavera si los hay, pero mozo gentil. Cierta día que ella salió de paseo con algunas señoras, el barón, que era jinete consumado y conocido por su temeridad en todas las apuestas de caballos, pasó montado en el suyo.

—Ea, barón, salte usted aquella pared, le dijo ella señalando una de unos dos metros de altura, que, cerrada por una puertecilla, allí cerca se levantaba.

—Es imposible, respondió el barón, con mi caballo á lo menos; pero apuesto que si él no la salta la saltaré yo, y que quedaremos él fuera y yo dentro.

—Enhorabuena, hágalo usted.

—Pero con una condición, y es que si yo me mato, usted asistirá á mi entierro; y si me rompo un brazo ó una pierna, usted cuidará de mí.

—Corriente.

Las señoras que iban con ella rogaron encarecidamente al barón que no hiciese semejante locura; pero inútilmente. Entonces aquéllas se retiraron para no ser testigos presen-

ciales de una escena de la que comprendían el peligro y cuyo desenlace las llenaba de espanto.

Sólo ella permaneció sentada.

—Dé usted la señal, señora, dijo el barón.

Ella dió tres palmadas, el barón clavó sus espuelas en los ijares de su caballo y partió como el huracán.

Sin embargo, le estaba pálido, pues era demasiado buen jinete para no comprender que se estaba jugando la existencia. Una vez al pie de la pared, el barón hizo dar un salto á su caballo, bestia admirable y flexible como el acero, y por espacio de medio segundo pudo haberse creído que salvarían juntos el obstáculo propuesto; pero, á pesar del vigor del brinco, el caballo dió de rodillas contra la pared, cayó con los remos y el vientre ensangrentados, y fué á parar en medio del camino. En cuanto al jinete, con agilidad inconcebible había soltado los estribos y saltado por encima del muro.

Pudiendo en ellas más la curiosidad que no el temor, las damas que se alejaron se acercaron y prorrumpieron en un ¡bravo! pero nadie respondió. Entonces se miraron unas á otras con ojos llenos de emoción, y fueron á abrir la puerta para ver qué había pasado. El barón estaba tendido con largo era, sin sentidos y con un brazo roto. Levantáronle, trasladáronle á su fonda, y, al recobrase, ella estaba sentada á su cabecera. Cumpliendo su promesa, la dama sobre que versa la cuestión cuidó á Ic hasta que estuvo curado del todo, esto es, por espacio de tres semanas.

—Pero esto no prueba que ella haya sido la amante del barón.

—Es verdad, pero aquí huelga toda duda. Por otra parte, ella no desmintió los rumores que sobre el particular circularon; contentóse con responder que quien pierde paga.

En Viena, cuando se daba un baile en palacio, ella se envolvía en un abrigo de pieles, y del brazo de un oficial se iba á pie, y colocándose entre los guardias se burlaba en alta voz de las mujeres que se apeaban de sus coches, pero únicamente de aquellas que la superaban en hermosura; y mientras éstas, una vez en el salón, referían lo que acababan de presenciar, esto es, que ella se había entregado á sus acostumbradas inconveniencias, ella se presentaba de improviso como un mentís viviente, tocada, alhajada, transformada, hermosa, altiva y rodeada de cortesanos. En resu-

men, doquiera ha pasado—y es de saber que, debido á la representación social de su marido, viaja mucho,—en Italia, como en Austria é Inglaterra, ha dejado que contar. Ahora está en París, y, si no me equivoco, sus nuevas relaciones meten bastante ruido. No hay que darle vueltas: es una cabeza completamente destornillada. Esta noche se encuentra aquí con su cuñada; al pasar junto á mí me ha llamado por mi nombre, en alta voz, exponiéndose á que la conocieran, y me ha arrojado su ramo, que es este, y que te lo ofrezco, mi hechicero dominó.

—Gracias, no quiero los desechos de esa dama, por encumbrada que sea. Ahora necesito hablar con el caballero; ya volveré á reunirme á ti dentro de poco.

El dominó me arrastró consigo, no cuidando ya más de fingir la voz.

—¿Ha oído usted? me preguntó la señora de Wine, que no era otra la máscara.

—Sí, señora.

—¿Usted sabe á quién se refería ese hombre?

—No, señora.

—A la nueva amante de Jaime. Ya ve usted, pues, por quién me ha abandonado éste. ¿Usted cree que lo porvenir me vengará?

—Y ¿quién es el caballero que la acompañaba á usted?

—Un ruso, según él mismo dice, amigo de la duquesa, y ya ha oído usted cómo habla de ella. También dicé que es amigo de Jaime; él es quien me ha escrito el anónimo que recibí ayer, lo juraría; y, finalmente, se jacta asimismo de ser amigo mío, no obstante ser él quien ha presentado á Jaime á esa mujer. Cuando le he encontrado aquí, de buenas á primeras ha fingido que no me conocía, pero vaya si sabía con quien estaba hablando. Ruso tenía que ser, y no digo más. Jaime está aquí, le he visto; á bien que estando aquí la duquesa, él no podía faltar. Le compadezco, pues en el fondo de esos amores hallará un dolor. Ha dicho que únicamente la costumbre le retenía á mi lado, pero ahora sólo la vanidad le liga á esa mujer. Ya llegará día en que suspire por la costumbre. Dígaselo usted. Adiós.

Carlota me estrechó la mano, se alejó de mí, dió, de manera que yo lo viesse claramente, el brazo á un joven que la estaba aguardando junto á la puerta, descendió la escalinata y desapareció con su nuevo compañero.

Tengo para mí que la de Wine estaba muy satisfecha de llevar el rostro enmascarado, porque mientras estuvo hablando conmigo, pese á su ademán de indiferencia y aun de compasión por Jaime, al través de su careta leía yo una agitación igual á la que la dominaba en la víspera.

En tanto me entregaba yo á tales reflexiones, posé los ojos en un individuo que vestía jubón de raso azul desgarrado, calzones de punto color de chocolate, valona á lo Enrique III, que apenas le cubría un hombro con un pedazo de terciopelo naranja, y peluca á lo Luis XIV, rematada en una corona de rosas; además, llevaba el rostro pintarrajeado de negro y encarnado. Aquel individuo, que estaba desconocido del todo, ostentaba al aire sus robustos brazos y los movía que era un gusto mientras arengaba á la multitud con verdadera chispa y tomaba actitudes realmente ágiles y graciosas. Aquel hombre se estaba divirtiendo de veras. ¡Dichoso él!

—¿Sabes tú quién es ese mascarón? me dijo de pronto un sujeto tocándome el brazo.

—No, respondí volviendo el rostro y conociendo á Jaime.

—Pues es fulano, repuso mi amigo nombrándome á uno de nuestros amigos que debía casar dentro de tres semanas, y se casaba por amor, pues llevaba á una doncella que nada poseía, nada menos que diez mil duros de renta rematados en un tortil de barón.

¡Y ya ven ustedes lo que, ínterin llegaba el día de la boda, estaba haciendo aquel sujeto! En verdad, sólo existe una cosa incomprensible: el hombre.

—Ahora hablaremos, me dijo Jaime; vente conmigo.

Mi amigo y yo nos fuimos á un palco, y, una vez sentados, referí á aquél la escena de la víspera y lo que acababa de pasar.

—Vladimiro quería jugar me una mala treta con su anónimo y ha sucedido todo lo contrario, pues me exime de toda explicación y de toda mentira.

—¿Quién es Vladimiro?

—Ese ruso que has visto hace poco. Todos los polacos se llaman Estanislaio, todos los escoceses Mac Donald, y todos los rusos Vladimiro; sábelo de ahora para siempre.

—Pues mira, el ruso ese me ha parecido un tunante de más de la marca.

—Te engañas. Él sí se tiene por tal, pero no pasa de fas-



tidioso; como se tiene por sagaz, cuando no es más que desleal; como se tiene por hombre, no siendo más que ruso. En todo se equivoca de medio á medio.

—¿Qué estás mirando con tanta atención? pregunté á Jaime, que mientras estaba hablando fijó los ojos en un palco.

—Estoy viendo si conozco á una de aquellas dos mujeres, me respondió mi amigo indicándome con la mirada uno de los palcos de la galería, en el que había dos dominós en un todo parecidos; y luego añadió: uno de los dos es *ella*, pero ¿cuál? Me da vergüenza el no poder adivinarlo, tanto más cuanto, con el rostro descubierto, su compañera tiene con ella muy poca semejanza.

En aquel instante, una de aquellas dos mujeres, como si hubiese adivinado nuestras palabras, cogió su careta por la barba y la mantuvo baja el tiempo necesario para que pudiesen conocerla; luego la volvió á su sitio y sonrió desde lejos á Jaime.

—¡Imprudente! murmuró mi amigo; ¡siempre será la misma! Lo que acaba de hacer la llena de satisfacción. ¿La has visto?

—Sí.

—¿Verdad que es hermosa?

—Lo parece; ha bajado su careta lo suficiente para que la conocieras tú, pero no para que la conozcan.

—¡Ah! ¡cuánto amo á esa mujer, amigo mío! Carlota dice que es vanidad; pero yo pregunto: si la vanidad proporciona tales gozos, ¿qué es el amor? No, no es vanidad lo que yo siento, porque á esa mujer quisiera encerrarla yo entre cuatro paredes, ocultarla á los ojos de esa sociedad que la admira, y no ver sino á ella y que ella no viese á persona alguna más que á mí. ¡Qué delicadeza la suya, qué franca, qué abnegada, sumisa y original! Escucha lo que voy á decirte para que te formes una idea, siquier vaga, de quién es esa mujer. Cuando la conocí se desvivía por los bailes, pasaba las noches de claro en claro, iba de acá para allá, cifraba su existencia en sus adornos, y hallaba la vida en sus vestidos. Una noche... pero deja que te lo cuente todo desde un principio, que es lo más sencillo, y verás qué crédito puede prestarse á lo que te han dicho hace poco; nos sobra el tiempo. Ya sabemos qué es el baile de la Ópera, y no entrará persona alguna en este palco, donde me encuentro obedeciendo las

órdenes que ella me ha dado. Estoy hablando de ella sin quitarle la vista de encima... y, ó yo no entiendo jota, ó es el prototipo de la fidelidad.

Entretanto, las máscaras cruzaban en todas direcciones la platea y el palco escénico, convertidos en inmensa paleta de mil movibles colores, brincando y aullando en medio de una nube de luminoso polvo y á los acordes de nutrida orquesta. Ante nosotros, y casi al alcance de nuestra mano, pasaban hombros y más hombros desnudos, grupos libertinos, danzas obscenas. Sin embargo, poco nos costó aislarnos en medio de aquel mare mágnum; el espectáculo que se desarrollaba á nuestra vista pareció alejarse de nosotros, y á no tardar sirvió únicamente de último y animado término, de acompañamiento con sordina al relato íntimo que Jaime iba á hacerme.

—Ahora sabes cómo vivía yo con Carlota, continuó mi amigo; siempre me tenía á la caza de impresiones que ella no era parte á proporcionarme. Carlota partió para Bagnères en junio, y yo me quedé solo en París. Ya oíste, hace dos días, sus quejas sobre el particular. Tú también estas de viaje; así, pues, encontré casi aislado. Entonces conocí á Vladimiro, que fué al principio lo que suelen ser sus paisanos; y digo al principio, porque pocos son los de aquella tierra que continúen tales cuales se presentan de buenas á primeras. Los rusos son finos, agudos, elegantes, fastuosos y vividores hasta la exageración; pero la civilización no ha pasado por ellos; no es más que aparente, y puestos en contacto con la civilización real, á no tardar reaparece su barbarie, y se presentan ignorantes é incultos como los pueblos incipientes, pero ya corrompidos y peligrosos como los pueblos que agonizan. Te lo repito, la entrada es simpática. Vladimiro se empeñó en trabar amistades conmigo; no podía prescindir de mí, me pedía consejo sobre cuanto hacía, apellidábame hermano, hablaba de mí en todas partes, en una palabra, me adoraba, ó, á lo menos, tal parecía. Yo no soy muy expansivo, ya lo sabes, ni tengo la vanidad de creer que pueda inspirar tan repentinas pasiones, sobre todo á los hombres. Semejante prontitud, tal exageración en la amistad, afecto que á mi entender exige, más que todo otro alguno, la indecisión, empezaron á hacerme sospechar de su sinceridad, y por mi parte me limité á las relaciones superficiales. En esto llegó Carlota,

y le presenté á Vladimiro. No necesito ponderarte lo galante que para con ella se mostró el ruso; el cual se convirtió en el cortesano más asiduo de aquélla, y le dijo que era mi mejor amigo, y se hizo lenguas de su devoción. Yo anudé mi acostumbrada existencia, con el aditamento de Vladimiro, y aun nuestras relaciones iban entibiándose, cuando una mañana, y mientras estaba almorzando con él en su casa, me dijo:

—Usted me presentó á una mujer encantadora, y voy á corresponderle. Dentro de pocos días espero presentarle á usted á una amiga mía, que á estas horas está en Baden. Ya verá usted qué mujer más original y talentosa; eso sí, un poco ligera de cascos.

Luego me contó todas las historias que has oído de su boca esta noche y que las va refiriendo en todas partes.

—Esto que acabo de decirle, añadió, quede aquí entre los dos, porque como aquí es donde debe venir, ya comprenderá usted que persona alguna debe saberlo.

Vladimiro me hablaba de una manera como para darme á entender que aquella mujer era su amante. Por discreción no se lo pregunté. Dos cosas hay que la vanidad permite comprender, pero que la delicadeza menos escrupulosa debe negarse á decir. Yo le había dado á conocer á Carlota, y él creía deberme la misma prueba de confianza dándome á conocer á su amante. Sus relaciones con la una eran sobreentendidas como mis relaciones con la otra; y esto es lo que yo supuse desde luego, y por eso no di una importancia mayor á aquella presentación. Quince días después Vladimiro me escribió una carta invitándome á comer al día siguiente en su casa, en compañía de la persona de que me hablara, la cual se encontraba en París hacía tres días. Á las once y media llegué á casa del ruso.

—No bien me hube despedido de usted ayer, me dijo éste, cuando me encontré con la duquesa. Hace dos ó tres días que ha llegado de viaje, sin su marido, y no me lo había dado á saber; pero ya me ha oído. «Como no venga á almorzar conmigo, le dije, no la perdono»; y como aceptase, la previne que al almuerzo asistiría uno de mis amigos, de quien no me separo nunca y á quien es menester vea todo aquel que quiera verme á mí. Le manifesté también cuanto opino de usted, y terminé diciéndole quién era usted. ¡Y que no siente poca comezón de conocerle á usted personalmente la du-

quesa! Ya ve usted, pues, que está usted en buena vía; pero no se olvide de que una vez fuera de esta casa, como si no conociese á semejante dama, pues viene de tapadillo.

Hablando hacíamos tiempo, mientras á mí me asaltaban indecibles deseos de conocer á aquella mujer. ¡Qué singular es el corazón del hombre! no puede saber que va á entablar conocimiento con una joven sin que algo de él se estremezca. Curiosidad, pecado de la primera mujer, te comprendo, y yo, de ser el primer hombre, lo habría cometido. Pues sí, yo anhelaba conocer á aquella mujer. Tú has notado, es indudable, que cuando una persona á quien deseamos ver debe presentarse en el lugar donde nos encontramos, hay no sé dónde, en el aire, en el ruido exterior algo que la anuncia mucho antes de la hora señalada; algo que nos dice: «¡Vendrá!» Sin embargo, en aquel entonces ese algo estaba mudo; el reloj seguía avanzando sin hacer la más mínima promesa. A mediodía aun no había llegado la duquesa.

—Amigo mío, dije á Vladimiro, la dama esa se ha olvidado por completo de la invitación de usted.

—Pues yo le garantizo á usted que no hará falta... Escuche usted, es ella, añadió al oír llamar á la puerta.

Casi al mismo instante entró en el salón el ayuda de cámara de Vladimiro y entregó á éste un billete.

—¡Ve usted, hombre! dije al ruso, adivinando de quién era el billete; le escribe á usted diciéndole que no puede venir.

—¡Siempre el mismo carácter de letra! exclamó Vladimiro abriendo la carta y entregándomela: á ver si es usted capaz de leer eso.

Tomé el papel, que, en realidad, era ilegible; en él había algunas líneas trazadas con rectitud, pero de caracteres, si agradables á la vista, al parecer escritos con la punta de un alfiler. Todas las letras semejaban *les*; todas se daban la mano, y en cuanto á puntuación y á los acentos, por las nubes; en fin, ya conoces tú esa escritura. Pues bien, yo no sé si aquello fué un augurio, pero lo cierto es que de corrido leí lo siguiente:

«Hoy no me aguarde usted. En torno de la mesa en que le escribo la presente hay diez personas á las cuales no sé cómo despedir. Además, he reflexionado... Ya en los umbrales de la vejez me vuelvo prudente, esto sin contar que me ha prometido usted un convidado muy peligroso para una ca-

beza tan poco sentada como la mía, y Dios sabe que si la perdía en casa de usted, no me enviarían á buscarla con dulces palabras. Venga usted á verme, todavía estoy sola en París para algunos días.»

Vladimiro tomó recado de escribir y redactó al punto la siguiente contestación:

«La aguardaremos á usted hasta que venga, y no nos sentaremos á la mesa mientras usted no esté aquí. Ahora, querida duquesa, en su mano está el dejarnos perecer de hambre.»

El ruso dobló el billete y lo entregó á su ayuda de cámara, que, á su vez, lo entregó al portador del de la duquesa.

Interin, leí por segunda vez la primera carta.

¿Cuál era el verdadero significado de aquella carta? ¿Había que atenerse al espíritu de la letra, lo que siempre es aventurado cuando se trata de una mujer como aquella? ¿ó bien buscar en la carta una intención escondida? ¿Realmente le era imposible venir? ¿Tenía miedo formal á una nueva imprudencia? ¿Quién sabe! Pero entonces, ¿por qué hablar de mí en tales términos, ni siquiera á qué hablar de mí? ¿Quería aumentar mi pesar de no haberla visto, fingiendo declarar que sólo el verme podría ser para ella un peligro, y, por consiguiente, hacerme comprender lo que yo perdía no conociéndola, ya que aquella ocasión debía no presentarse de nuevo? ¿Quería hacerse de rogar y comparecer á una segunda invitación, como á pesar suyo, como obligada, para que habiendo yo leído lo que ella escribiera de mí cuando creía no verme, me asistiera ya derecho á la intimidad de cortesano declarado y aun admitido, intimidad que tanto place á las coquetas y en la cual se declaran aquellos á quienes dan entrada? ¿Aludía pura y simplemente á los elogios exagerados que Vladimiro debía haberle hecho de mí, y se burlaba del fulano aquel que tenía el candor de creer que iba á almorzar con ella? ¿ó bien, y en resumen, no era lo más probable que, tras aquella carta, hubiese alguien que gozase de más derechos que el ruso y la retuviese lejos de nosotros? Tales fueron las preguntas que me dirigí, y que en mi lugar, y en la situación de espíritu en que yo me hallaba respecto de ella hacía algunos instantes, te hubieras también dirigido concienzudamente á ti mismo.

—Cédame usted esta carta, dije á Vladimiro; no está firmada...

—Tome usted.

Me metí la carta en el bolsillo, y continué pensando en aquella mujer; y es que en realidad ya existía una afinidad secreta entre ella y yo; desde que hube tocado aquella carta, me envolvía un como perfume que estimulaba mis deseos, me infundía voluntad, me hacía sentir la necesidad de conocer á la que la escribiera. Sea por la causa que fuere, ella se había ocupado en mí, recordándome por un instante. ¿No bastaba esto para alentarme? Sí, era menester que yo, tarde ó temprano, recibiese, dirigidas á mí, y mucho más íntimas, otras cartas con aquellos hechiceros é indecibles caracteres que yo leía tan de corrido. Puede que no lo creas, pero parecíame que ya amaba á aquella mujer. ¿Lo que hablaba en mí era la vanidad halagada? ¿era la primera sacudida subterránea, sin causa aparente, que anuncia al alma un trastorno próximo? ¿era, aunque para mi ventura espero que no; era, repito, que mi amor propio, herido, deseaba vengarse de la zumba probable de la carta y de la falta de cumplimiento á la cita aceptada? No lo sé. Lo que sí es cierto, es que yo no apartaba de la carta los ojos, y que en algunos momentos parecíame que las palabras se descomponían y me decían á mí muy distinto de lo que rezaban para los demás. Mira, ten la seguridad de que cuando una mujer va á ocupar un lugar muy importante en nuestra existencia, todo lo que de ella dimana, por insignificante que sea, tiene un lenguaje secreto. Interin, aquella voz íntima que me había dicho algunos minutos antes: «No vendrá», me decía ahora: «Vendrá». Pero ¿qué iba yo ganando con que viniese ó no viniese aquella mujer, si era la amante de Vladimiro? Puede que lo hubiese sido en otro tiempo y ya no; y discurría yo así, porque en definitiva el ruso no me había hecho ninguna confidencia. Quizá no existía ni había nunca existido relación alguna de intimidad entre ellos. Como quiera que fuese, me convenía salir de dudas antes de que ella llegase. Así, pues, dije al ruso:

—La duquesa no viene, no por la razón que alega, sino porque no quiere ver más que á usted solo y yo la molestaría.

—Al contrario, si aceptó fué por usted. Parece que el apellido de usted le recuerda algo, que ha oído hablar de

30090

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

usted en una circunstancia particular; en una palabra, desea conocerle á usted. Ya verá usted como viene. Lo que hay es que se hace de rogar. Al ofrecerle yo presentarle á usted en su casa, me dijo que preferiría verle á usted en la mía. Conque si no se aprovecha usted de semejante curiosidad, será usted un tonto, y perdone. Enamórela usted, ya que tiene usted probabilidades de salir ganando.

—¿Cómo que la enamore! ¿y usted?

—¿Yo? para ella no paso de la categoría de amigo.

—¿Nada más?

—Nada más. Lo único que hay es que en cierta ocasión le presté un favor bastante señalado, durante un viaje que hizo por Rusia, y me lo agradece por todo extremo. De ahí nuestra amistad. Conque, no se ande usted con encogimientos.

En esto llamaron, y me levanté para estar en pie cuando ella entraría. ¿Crearás que me sentía conmovido? Hacía media hora que me estaba forjando ilusiones respecto de aquella desconocida, ilusiones que al primer soplo ella desvanecería.

—Preguntan por el señor conde, dijo el criado desde la puerta del salón.

Vladimiro salió, cerrando tras sí la puerta; yo me quedé solo, y á poco oí un roce de vestido y una voz que hablaba de prisa y repetía incesantemente: «No, no quiero»; pero que cada vez que repetía esta frase denotaba menos decisión é iba acercándose, como si Vladimiro hubiese atraído á la visitadora hacia su cuarto. «No, le digo á usted que no; hágame usted ese favor», profirió por último aquella voz. Luego oí ligeros pasos que se alejaban, y casi inmediatamente Vladimiro abrió la puerta del salón, diciéndome:

—Venga usted, amigo mío; quiero presentarle á usted á una hermosa dama.

Obedeciendo al ruso, acerquéme á la duquesa, que estaba de espaldas á la luz y se sonreía como para excusarse de sus vacilaciones, quizá fingidas, en conocerme; vacilaciones de que ella estaba segura que yo me había enterado. La dama contestó á mi saludo con un gracioso movimiento de cabeza, mientras se sonrojaba y jugaba con los dedos. Al verla quedé admirado en grado sumo. No me la había figurado tal cual era, por más que fuese una verdadera aristócrata. El alma resplandecía en ella y se mostraba en todas partes donde podía mostrarse. Voy á ver si puedo especifi-

car cuanto se esconde tras la máscara al través de la cual advino una sonrisa.

Jaime, al decir estas últimas palabras, hizo algunas señas al misterioso dominó en quien tenía clavados los ojos.

—Vi, prosiguió mi amigo, una mujer de estatura regular y al parecer admirablemente formada. Llevaba rico vestido de seda azul, manteleta de ormesí negra con cintas de terciopelo, adornada de riquísimos encajes que casi barrían el suelo, sombrero blanco de encajes y de seda por mitad, ensanchado en el borde cual la corola de una flor, y que formaba marco admirable á unos cabellos castaños encrespados de suyo, divididos en dos anchas fajas, espesas, hábilmente esponjadas, y de las cuales y con irregularidad llena de coquetería se separaban algunos mechones que en dos ó tres sitios dejaban al descubierto la blanquísima frente de su dueña, que no parecía sino que se estuviese sonriendo. Aquella frente blanca, alta, hermosísima, servía de coronamiento á unas cejas de color algo más suave que los cabellos; cejas que, dejando completamente libres á las pestañas, daban á los ojos todo su valor. ¡Oh! amigo mío, los ojos de la duquesa, esos ojos que desde aquí veo brillar al través de las aberturas de la careta, son indescriptibles. Tienen todo el orgullo, toda la altivez de los ojos negros, y, de improviso, toda la ternura de los ojos azules; son grandes y chicos, pues ora los mantienen casi desencajados la curiosidad, la inspiración ó la admiración, ya, entornados, nadan en la indolente languidez de un alma fatigada, para luego ir achicándose tanto más cuanto más intenso y penetrante es el fuego que despiden; lo que caracteriza, empero, los ojos de esa mujer, lo que les da al par que la suavidad de los ojos del norte el fulgor de los ojos de oriente, es el obscuro cerco que los ciñe y bajo el cual se les siente palpar; porque aquel cerco no es sino el reflejo de su córnea sobre la piel más delgada y más transparente que los rodea. Su nariz no quiero ponderártela: es una nariz de niña, una de esas graciosas naricitas vivientes, que se mueven ligeramente cuando la boca habla. De ser un poco más pequeña, lo sería demasiado, y si fuese un poco más grande sería vulgar; es precisamente lo que debe ser para armonizar con aquel rostro, del que constituye la única nota un tanto provocadora. Si hablamos de sus mejillas, las tiene redondas, duras, más encarnadas aun que de costumbre cuando la vi por vez

primera, pero siempre rebotando vida joven y sana. Su boca es portentosamente singular: la tiene pequeña ¿eh? pues bien, cuando la abre para dar paso á su risa franca y argentina, que salta alegremente por sus blancos dientecitos, presta por un instante á aquella cabeza el movimiento y la gracia de una cabeza de pájaro que gorjea. Ahora da á ese conjunto lo que se llama la fisonomía; anima de todas las emociones familiares á las mujeres la cabeza que en vano te intento describir, y tendrás uno de los tipos más hermosos que ver se puedan. Para mí, era completamente nueva: me representaba una mujer de la cual, en el tocado que ostentaba, era imposible no decir: «Es una verdadera aristócrata», y que vista en el campo, con los brazos al aire, haría exclamar: «Hermosa muchacha».

## IV

De modo que aquella mujer reunía los dos caracteres más opuestos, caracteres que, amalgamándose armónicamente, se completaban entre sí, pero únicamente en lo que atañe á lo hermoso y á lo puro. La duquesa, que vive en medio de la opulencia, que apenas sabe andar, cuando niña, y sea con deliberada intención de sus padres, ó por instinto, ha debido correr, como campesina, en verano por la hierba y en invierno por la nieve, y revolcarse en ellas, y de ellas tomar esa pureza de sangre, ese vigor vital capaz de desafiar todos los climas y de arrostrar todas las fatigas. Así es que cuanto más la miraba y la estudiaba, más arraigaba en mí el convencimiento de que lo que en ocasiones la impulsara á salir de la esfera en que querían sujetarla, era la exigencia de su naturaleza, la invencible necesidad de espacio, de movimiento y de libertad. Era aquella una planta demasiado vivaz para contentarse con la tibia atmósfera de un salón. Como los arbustos que rompen el granito de las peñas para ir en busca de luz, ella debió haber quebrado con impaciencia el granito social, y ahora ostentaba con toda libertad sus anchos pétalos y su odorífera eflorescencia, importándosele un comino lo que de ella decía la sociedad, pues se apoyaba en tres cosas que la hacían superior á todo: su alcurnia, su corazón y su talento. Una mujer semejante no puede decaer, haga lo que quiera, porque no hace cosa

alguna contraria á su linaje y á su origen. Diana puede convertirse, de noche, en Febé, y entregarse á Endimión tras una nube; pero de día vuelve á ser la hermosa y altiva diosa que castiga á todos los Acteones curiosos que habrán intentado sorprender los secretos de su hermosura, ya nuevamente casta y púdica. Estas eran las reflexiones que yo me hacía. Ya no cabía duda alguna, amigo mío, iba á enamorarme de aquella mujer, ante la cual permanecía mudo de lengua, pero no de ojos. La presentación, pues, se hizo como pudiera haberse hecho en los salones de un embajador, salvo las miradas confidentiales. La duquesa, á lo menos aparentemente, se tranquilizó, porque es indudable que al principio debió asustarla mi calidad de artista, como lo demostraban sus últimas vacilaciones y el negarse á recibirme en su casa; porque ya sabes tú que nosotros somos, á los ojos de las mujeres encopetadas, hombres inverosímiles, groseros, y si buenos para ser admirados, no para ser recibidos. Dícenles que apestamos á tabaco, que no vivimos más que con cortesanas, que no sabemos conversar con una mujer decente, y que nuestro talento, cuando nos le reconocen, ha brotado en nosotros por casualidad, como un melocotón sobre una ortiga. «Haga usted que le traigan, señora, dicen nuestros difamadores á las damas, la fruta en una fuente de plata, pero desista usted de ver el árbol que la produce, pues el desengaño sería terrible.» Esto es lo que les dicen á esas pobres mujeres, y de ahí que casi todas ellas queden condenadas á eso á que apellidan hombres de mundo; es triste.

—Cuando usted quiera, duquesa, dijo Vladimiro, nos sentaremos á la mesa.

—Gracias, contestó la dama, ya he almorzado; únicamente he venido para que ustedes no pereciesen de hambre, como de ello me ha amenazado usted. Almuercen ustedes, yo miraré; por otra parte, necesito marcharme temprano.

Vladimiro y yo nos sentamos á la mesa, y ella lo hizo en un sofá.

—¿Y eso? ¿adónde va usted? le preguntó el ruso.

—Aquí llevo escrito el modo cómo debo emplear el día, respondió la duquesa sacando de su bolsillo una carterita con tapas de terciopelo y mostrando algunas líneas escritas con caracteres en un todo exactos á los de la carta de marras: tengo que visitar á la embajadora de Inglaterra,